

El extraño objeto que nos reúne

Michèle Petit

Permítanme agradecer profundamente al Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas de la UNAM, y en particular al doctor Filiberto Martínez Arellano, a la Maestra Elsa Ramírez y al doctor Juan José Calva por hacerme el gran honor y el placer de invitarme a pronunciar esta conferencia. Les agradezco aún más puesto que me une con América Latina –y sus habitantes– una relación de complicidad y de cariño, ya que hace siglos pasé aquí una parte de mi adolescencia, y es siempre con alegría que regreso a esta región. Además México es el país que, gracias a Daniel Goldin y al Fondo de Cultura Económica, me ha brindado la oportunidad de dar a conocer mi trabajo en todo este continente y por tanto siento una gratitud particular por él.

Cuando le pregunté a Elsa, hace algunas semanas, qué tema deseaba que abordara, me sugirió que hablara de los mediadores; lo que, les confieso, me hizo sentirme un tanto incómoda. ¿Tenía algo nuevo que decir sobre este tema, algo diferente de lo que había podido escribir en los libros publicados en español?¹ Si esta temática aparece de nueva cuenta, si nos la proponen regularmente, debe representar la expre-

1 – *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, México, Fondo de Cultura Económica, Col. «Espacios para la lectura», 1999 (traducido del francés por Rafael Segovia y Diana Luz Sánchez)
– *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, México, Fondo de Cultura Económica, Col. «Espacios para la lectura», 2001 (traducido del francés por Miguel y Malou Paleo, y Diana Luz Sánchez).

sión de una inquietud en cuanto al papel de estos mediadores de la lectura en éste nuestro mundo cambiante. En mi país, donde me encuentro frecuentemente con bibliotecarios y profesores, me impresionan la incertidumbre a la que se confrontan con respecto al porvenir de su profesión. Por ejemplo, en el transcurso de los últimos meses me encontré varias veces con bibliotecarios preocupados por constatar, durante dos años seguidos, una ligera disminución en la asistencia del público. Se preguntaban si con la consulta en línea y con la invasión de las bibliotecas por pantallas en detrimento de los libros, no nos dirigíamos hacia una metamorfosis de esos lugares y una desaparición de los mediadores, o al menos a su conversión en técnicos de la información.

Sin embargo, si estamos atentos a la experiencia de los lectores, de los usuarios –particularmente en los ambientes populares–, la tarea de los mediadores no se limita en absoluto a esta función, sea cual sea su importancia. Es lo que trataré de mostrar hoy, y con este fin me dedicaré a evocar los procesos de la transmisión y la apropiación de la lectura en nuestras sociedades, e intentaré acercarme a lo que uno busca alcanzar a través de los libros, en la infancia y después. Para identificar lo que está en juego en la relación entre un mediador, un niño o un adolescente, y un libro, abordaré luego formas de leer discretas o secretas, cuya importancia es a menudo desconocida o subestimada, y dejaré deliberadamente de lado otros usos de la lectura; como todo aquello que se relaciona con el acceso a la información y los usos paraescolares o autodidácticos, porque todo esto es bastante bien conocido. Intentaré esclarecer el posible porvenir de la lectura, lo que está en juego con su democratización, y el margen de maniobra de los mediadores y las aporías de su posición.

EL PRIMER MEDIADOR: LA MADRE... O LA ABUELA

¿Cómo se vuelve uno lector? Diferentes encuestas lo probaron, en Francia como en otros países industrializados, la lectura es un arte que se transmite más que enseñarse. La mayor parte de los lectores

que leen regularmente desde la infancia tienen otra relación con la lectura que aquellos que leen poco o nada:² así, en mi país, las dos terceras partes de los grandes lectores, ya lo eran entre los ocho y doce años.³ El medio familiar tiene en este caso una influencia determinante, aunque parezca haberse atenuado un poco entre las nuevas generaciones. Antes que el profesor, antes que el bibliotecario, el primer mediador es la madre, y algunas veces también el padre, cuando él mismo es un gran lector o valora mucho la lectura.

Pero más precisamente ¿cómo le viene el gusto por la lectura a un chico o a una chica, en su familia? Ustedes lo saben, ninguna receta garantiza que un niño leerá, pero las encuestas insisten en la importancia de la presencia de los libros en la casa, en particular en la habitación del niño. Sin embargo esta presencia sólo parece tener una influencia positiva en el gusto por la lectura si el libro vive con la familia y en particular si se vuelve objeto de conversaciones. Se resalta igualmente el papel de las lecturas en voz alta: en Francia, el peso de los grandes lectores es dos veces más importante entre los que se beneficiaron de una historia contada diariamente por su madre que entre los que no escucharon ninguna.⁴ La capacidad para establecer con los libros un vínculo afectivo, emotivo y, no solamente cognitivo, parece decisiva. Así como también el hecho de ver a sus padres leer: los investigadores hablan de «ejemplo parental», de «mimetismo» o de transmisión por «imitación». Pero tales expresiones no elucidan gran cosa. Los niños ven a su madre todos los días dedicarse a mil otras actividades sin tener por ello ganas de imitarla. En ciertos campos, es incluso necesario insistir mucho para que se decidan a imitarla.

2 Véase por ejemplo Erich Schön, “La fabrication du lecteur”, in Martine Chaudron et François de Singly, *Identité, lecture, écriture*, París, BPI/Centre Georges Pompidou, 1993 ; François de Singly, *Les Jeunes et la lecture*, ministère de l'Éducation nationale et de la Culture, Dossiers Éducatifs et formations, 24, janvier 1993; Hélène Michaudon, “La lecture, une affaire de familles”, *INSEE*, n°777, mai 2001.

3 Hélène Michaudon, *op. cit.*

4 François de Singly, *op. cit.*, p. 102.

Y es ahí donde la atención enfocada a la experiencia singular de aquellos y aquellas que tomaron gusto por los libros puede quizás enseñarnos un poco más. Quisiera detenerme en esta pregunta: ¿Qué pasa cuando un chico, una chica, ve a su madre o a su padre leyendo? Poca gente ha guardado un recuerdo preciso de ello; en las entrevistas, la mayoría no va más allá de frases como ésta: «Nunca me obligaron, pero de tanto verlos...» Erich Schön, que estudió un corpus de autobiografías de lectores redactadas por estudiantes de letras, escribe: «Nos dicen que cuando miraban a sus padres u otros personajes importantes para ellos absortos en un libro, los envidiaban».⁵ ¿Pero qué envidiaban exactamente? La experiencia de algunos escritores nos permite acercarnos a una respuesta. Por eso me esforcé en reunir algunos de sus recuerdos de iniciaciones a la lectura, mayoritariamente las fechadas en la segunda mitad del siglo XX.

En un texto titulado *El caballero de los brezos*,⁶ el escritor español Gustavo Martín Garzo relata así un recuerdo que es como la escena inaugural de su vida de lector. A los seis años, de regreso de la escuela, entra en la casa, nota la oscuridad, la frescura, el silencio «profundo, misterioso, como animado por una respiración imperceptible», lo cual contrasta con la calle. Busca a su madre, la encuentra en la cocina, sola, leyendo «en medio de un círculo encantado». Se detiene a mirarla, se acerca hasta tocar la mesa para hacerla regresar a él. Ella le dice que lee una novela de amores desgraciados, *El caballero de los brezos*, pero en su rostro hay una expresión de felicidad como si le ocultara algo, algo relativo a los secretos más hondos de su vida. Y lee un fragmento en voz alta, que describe el cuerpo y el rostro de una joven. Varias veces, el niño va a robar *El caballero de los brezos* u otras novelas, para leerlas en un pequeño cuarto bajo las escaleras, con una linterna, sin lograr adentrarse en el misterio, sin sorprender

5 Erich Schön, *op. cit.*, p. 24.

6 El caballero de los brezos, en *El hilo azul*, Madrid, Aguilar, 2001, p. 21-31. Agradezco a Jordi Artigal por hacerme descubrir este hermoso libro.

en sí mismo el embeleso, la emoción, que ha visto en el rostro de su madre: «Busco esa emoción, el sentimiento de estar traspasando una frontera, pero no lo consigo.»

Es solamente una decena de años más tarde cuando, leyendo por azar a *El capitán Tormenta*, surge a su alrededor ese «círculo de tiza de la adivinación y el pensamiento» en que tantas veces vio detenida a su madre. Y es que el libro contiene una sorpresa: el capitán valeroso es en realidad una muchacha que, en la intimidad de su carpa, se despoja de la pesada armadura que oculta «la realidad proscriba de su sexo».

En el corazón de cada historia, sugiere el escritor, hay quizás la revelación de un cuerpo imprevisible, libre, sin ataduras, arrebatado por el deseo; y en el corazón de toda lectura, la búsqueda de un secreto que se refiere al deseo, al amor y, también, de vez en cuando, al primer ser amado. En efecto, las lecturas de Martín Garzo no serían, según él, más que una tentativa de elucidar el misterio de la escena inaugural: «Esos libros son entonces el que ella estaba leyendo. Todos los libros *El caballero de los brezos*. Lo he tomado en secreto (de hecho durante un tiempo nada me gustó más que robar los libros que iba a leer) y vuelvo a estar escondido en el cuarto que había bajo las escaleras. Eso es leer para mí, estar escondido. Todos los libros son ese único libro, y yo me inclino sobre sus páginas tratando de adivinar los pensamientos de mi madre joven y hermosa».

Lo que dice Martín Garzo, lo que encontré en otros recuerdos de lectura transcritos en obras literarias o relatados por lectores «ordinarios», es que el gusto por la lectura nace frecuentemente del deseo de robar el objeto que embelesaba al otro, para reunirse con él, conocer su secreto, adueñarse del poder, del encanto que se le atribuía, cuando él —o ella, ya que es a menudo de la madre de quien se trata— estaba ahí, inaccesible, lejano(a), perdido(a) en sus pensamientos. Es que esta apetencia tiene que ver también con la búsqueda del otro en uno mismo, desconocido, de repente revelado, reclamando su lugar en el mundo.

Desde luego no todo mundo tiene la fortuna de encontrarse a su madre leyendo en la cocina, de poder hurtar libros en su casa o de manipularlos desde una edad temprana. Cuando alguien crece en un ambiente pobre, todo puede sumarse para disuadirlo de leer: pocos

libros (o ninguno) en la casa o en el barrio, o la idea de que eso no le corresponde, y la preferencia por actividades colectivas antes que por esos placeres «egoístas», o las dudas con respecto a la «utilidad» de la lectura, etcétera.⁷

No obstante, incluso en entornos muy apremiantes, existen familias donde el gusto ávido por los libros se transmite de una generación a otra –por la madre más a menudo, y por el padre algunas veces, especialmente cuando éste es un autodidacta, o por los dos padres. Varios trabajos lo han demostrado: las condiciones favorables para la lectura parecen más ligadas a las representaciones y comportamientos socio-culturales de los padres que a su origen social. Puede resultar menos paralizante tener padres que, aunque analfabetos, valoran los conocimientos y el libro, y manifiestan regularmente con palabras o gestos su deseo de que sus hijos se apropien de esa cultura escrita de la que ellos carecieron, que padres que tuvieron una escolaridad caótica y que siguen teniendo una relación muy ambivalente con la escuela y los libros, lo cual van a transmitirle a sus hijos, de forma consciente o no.⁸ Dicho de otro modo, en mi país al menos, más que la presencia o la ausencia física de los libros en la casa, más que el nivel escolar alcanzado por los padres, cuenta el interés profundo que éstos manifiestan hacia los libros, aunque no hayan tenido acceso a ellos, aunque sean analfabetas. Es la relación de deseo o de rechazo por estos objetos, lo que facilita la apertura de un camino hacia la lectura o lo que dificulta su acceso. Un tanto de la misma forma que la atención brindada por su madre a los libros intrigó al escritor antillano Patrick Chamoiseau en su infancia: «Me habían atemorizado con cuentos, arrullado con canciones infantiles, consola-

7 Cf. Michèle Petit, obras citadas.

8 Véanse Bernard Lahire, *Tableaux de familles*, París, Gallimard/Le Seuil, 1995 ; Zaihia Zeroulou, «Mobilisation familiale et réussite scolaire», *Revue européenne des migrations internationales*, 1 (2), p. 107-117 ; Bernard Charlot, Elisabeth Bautier et Jean-Yves Rochex, *École et savoir dans les banlieues... et ailleurs*, París, Armand Colin, 1992.

do con cantos secretos; pero en esos tiempos los libros no eran cosa de niños. Así pues, me encontré solo con esos libros dormidos, inútiles, pero que recibían los cuidados de man Ninotte (su madre). Eso fue lo que llamó mi atención: Man Ninotte se interesaba en ellos a pesar de que no tenían utilidad alguna. Yo observaba cómo utilizaba los alambres, los clavos, las cajas, las botellas o los garrafones recuperados, pero nunca la vi hacer uso de esos libros que tanto cuidaba. Eso era lo que intentaba comprender al manipularlos sin cesar. Me maravillaba de su complejidad perfecta cuyas razones profundas desconocía. Les atribuía virtudes latentes, sospechaba que eran poderosos.»⁹

ANTES DE LOS LIBROS, LOS CANTOS SECRETOS

Ahí de nuevo porque representan un pasaje hacia un ámbito misterioso, hacia los arcanos del poder, es que los libros son deseables. Pero es también porque antes de esto, «cantos secretos» interpretados por voces cariñosas, canciones infantiles mezcladas con gestos de ternura, envolvieron al niño y lo encantaron con un uso tan esencial como inútil, el uso de la lengua. Antes del encuentro con el libro, existe la voz, la voz de la madre que está ahí desde antes del nacimiento, que marca luego el despertar psíquico del bebé, el enunciado de las primeras sílabas. Esa voz cuyas modulaciones cambian según que la madre hable de la realidad cotidiana o que se abandone a la fantasía, y a las cuales muy pronto el niño es sensible.

El gusto por la lectura no solamente depende, en gran medida, del interés que los padres mismos expresaron por los libros, sino también y antes que eso, de esos intercambios precoces que la madre (o la persona que la representa) tuvo con su hijo, en donde el registro afectivo, la sollicitación sensible y tónica del cuerpo, y el juego del lenguaje traído por las escansiones y las entonaciones de la voz, están estrecha-

9 *Ecrire en pays dominé*, París, Gallimard, 1997, p. 31. Citado en *Nuevos acercamientos...*, *op. cit.* p. 147.

mente entremezclados. Todos los grandes especialistas de la primera infancia subrayan la importancia que tiene, para el despertar sensible, intelectual y estético de los niños, la capacidad de las madres para estar al compás con lo que ellos sienten y para regresarles ecos gestuales y del lenguaje, pero también para filtrar, gracias a su «capacidad de ensoñación», los miedos de los niños, y aun para dedicarse en su compañía a este uso ficticio, gratuito, de la lengua –en donde se alternan canciones, confidencias, rimas, etcétera.¹⁰

De la calidad de la presencia materna depende igualmente la constitución de lo que se llama, desde Winnicott, el área transicional, que es esencial tanto para la emancipación progresiva del pequeño ser humano como para el futuro de sus «experiencias culturales». ¹¹ Efectivamente, es en un área de juego que se inaugura entre el niño y su madre, donde el niño comienza a construirse como sujeto –si se siente en confianza. En esa zona tranquila, sin conflictos, se apropia de algo que su madre le propone: un objeto, una rima, una historia. El objeto, el relato, la rima, simbolizan la unión de esos seres que en adelante estarán diferenciados, restablecen una especie de continuidad, permitiendo que se supere la angustia de separación y, luego, que se soporte la ausencia.

Fortalecido con la historia o la cancioncita incorporada que lo protege, el niño puede alejarse un poco y se lanza, algo lo empuja, desde su cuerpo; la subjetividad es también una modalidad del cuerpo, si seguimos a Winnicott. Comienza a trazar su propio camino, a percibirse como separado, diferente, capaz de crear un pensamiento independiente. Puede elaborar su capacidad de estar solo en presencia del adulto, construir su espacio del secreto: algo se les va de las manos a los adultos con estos primeros trazos de una interioridad, de una subjetividad; de una capacidad para simbolizar y entrar en rela-

10 Véanse las obras de Donald Winnicott, Wilfred R. Bion, Donald Meltzer, Daniel Stern, René Diatkine. Véase también Marie Bonnafé, *Les Livres, c'est bon pour les bébés*, París, Calmann-Lévy, 2001.

11 Donald W. Winnicott, *Jeu et réalité. L'espace potentiel*, París, Gallimard, 1975.

ción con los otros, más allá de la unión primera, más allá de los brazos maternos. Espacio psíquico más que material, el área transicional es así paradójal, entre apego y desapego, unión y separación.

Si este espacio se pudo establecer «si tenemos un lugar donde poner lo que encontramos»¹², como dice Winnicott, cada uno de nosotros podrá sacar algo de la cultura que hereda, y contribuir a esa cultura. Si tal espacio no se pudo establecer bien porque la madre estaba enlutada o demasiado deprimida, porque no «cantaba», y porque ningún tercero cariñoso desempeñó este papel con el niño, es muy probable –pero no del todo seguro, ya que el porvenir humano nunca está escrito– que tendrá más dificultades para apropiarse, más tarde, de bienes culturales, para hacerlos verdaderamente suyos.¹³

Es que durante toda la vida las experiencias culturales no son sino una extensión de estas primeras experiencias de juego, de vida creadora, de emancipación. Son vías privilegiadas para hacernos recuperar tanto ese espacio apacible como la experiencia del niño, quien a partir de ese espacio tranquilo, protector, estético, entre su madre y él, se rehace y se vuelve autónomo. Cantar, leer, apropiarse de los libros, es encontrar el eco lejano de la voz de la madre, el apoyo de su presencia carnal; es así como Martín Garzo se inclina sobre las pági-

12 *Op. cit.*, p. 137.

13 Por supuesto el contexto social viene a sumarse a la historia inconsciente; por ejemplo, en nuestra sociedad y en nuestra época, la práctica de la lectura supone una capacidad de estar solo que no únicamente depende de las relaciones precoces con la madre, sino también de la manera en que se percibe el hecho de mantenerse alejado del grupo: este comportamiento, valorado en ciertos medios, será considerado como una grosería en otros. No hace falta mencionar que las mismas condiciones de vida –el hábitat en primer lugar– no favorecen el establecimiento de dichas costumbres...

Determinaciones económicas, sociales y psíquicas se combinan así en un juego complejo para dificultar la lectura o bien para facilitarla. No obstante, siempre será posible alguna reorganización, y es ahí donde el papel de los mediadores resulta ser esencial.

nas de los libros para encontrar a su madre joven y hermosa. Es también así como se desprende de ella a través de la simbolización.

Pero si bien el libro es el eco lejano de la voz de la madre, está hecho de signos, de lenguaje, de ese registro simbólico que los psicoanalistas sitúan más bien del lado del padre; una instancia tercera separadora. Y acceder a la lectura es a veces descrito como incorporar algo que es propio de la madre,¹⁴ pero de lo que no está probablemente ausente el padre, o el ser amado por la madre, con quien ella sueña. Es decir, lo que puede ser apropiado, incorporado, tiene en la vida psíquica un estatus complejo, compuesto.

En su autobiografía titulada *Les mots* (Las palabras), Sartre dejó un relato muy detallado de su iniciación a la lectura, del que no retomaré aquí más que un fragmento que corresponde al momento en que, después de varias tentativas para apropiarse de los libros imitando los gestos de su abuelo, el narrador termina por poner éstos en las rodillas de su madre: «... se inclinó, bajó la mirada, se durmió. De ese rostro de estatua salió una voz de piedra. Perdí la cabeza: ¿Quién contaba? ¿Qué? ¿Y a quién? Mi madre se había ausentado: ni una sonrisa, ni una muestra de convivencia, estaba yo en el exilio. Además no reconocía su lenguaje ¿De dónde tomaba esta seguridad? Al cabo de un instante había entendido: era el libro el que hablaba».

Sin embargo conoce la historia, su madre se la contó mil veces, improvisando, y estaban entonces, según sus propias palabras, «solos y clandestinos» como «dos ciervas familiares». Pero aquel día el libro está ahí como un tercero entre el niño y la madre, y es él el que habla, conferiéndole a la madre una seguridad, un poder. Y dándole al niño el sentimiento de ser arrancado de sí mismo, que poco a poco se tornará placentero.

¹⁴ Melanie Klein escribía, según Strachey, «que, en el inconsciente, leer significa tomar la ciencia del interior del cuerpo de la madre, y que el miedo a despojarla es un factor importante de las inhibiciones de la lectura». Cf. Melanie Klein, "Contribution à la théorie de l'inhibition intellectuelle", en *Essais de psychanalyse*, París, Payot, 1968.

Sartre precisa: «Estuve entonces celoso de mi madre y resolví tomar su papel. Me adueñé de una obra titulada *Tribulaciones de un chino en China* y lo llevé a un armario; ahí, colgado en una cama plegable, fingí leer y me conté una historia en voz alta.»¹⁵ Lo sorprendieron y decidieron enseñarle el alfabeto.

En ciertos contextos familiares, culturales, otras personas distintas de la madre van a permitir el establecimiento precoz del espacio transicional, o su extensión –en particular una abuela, una tía o una nana a quien le sea confiado el niño. La importancia de la abuela en recuerdos de infancia transcritos por escritores latinoamericanos parece así impactante. Pensemos, por ejemplo, en Graciela Montes que escribe: «Tuve cuentos, muchos libros, canciones, dibujos, trozos de imaginaria. Pero no sé si habría tenido la audacia de aprovechar las ocasiones si antes no hubiese tenido esa escena, la de mi abuela contándome el cuento del asno delirante y justiciero»,¹⁶ cuento que comprendía, por supuesto, algunas fórmulas mágicas e incomprensibles.

O pensemos en Reinaldo Arenas: «Desde el punto de vista de la escritura (añadiría; y de la lectura), apenas hubo influencia literaria en mi infancia; pero desde el punto de vista mágico, desde el punto de vista del misterio, que es imprescindible para toda formación, mi infancia fue el momento más literario de toda mi vida. Y eso se lo debo en gran medida a ese personaje mítico que fue mi abuela, quien interrumpía las labores domésticas y tiraba el mazo de leña en el monte para ponerse a conversar con Dios.»¹⁷

En el momento en que copiaba estos ejemplos, gracias a la fortuna, que hace tan bien las cosas, encontré algunas páginas del antropólogo Daniel Fabre, que evocan trayectorias de apropiación de la lectura a partir de autobiografías de mujeres de estirpe popular y burgués, entre 1780 y 1960; revela ahí, en el caso de Italia, el lugar

15 Jean-Paul Sartre, *Les Mots*, París, Gallimard, 1964, pp. 34 y 36.

16 Graciela Montes, *La frontera indómita*, Mexico, Fondo de cultura económica, Col. «Espacios para la lectura», 1999, pp. 29-30.

17 Reinaldo Arenas, *Antes que anochezca*, Tusquets, Barcelona, p. 45.

prominente que ocupa la abuela: «vinculada con el saber oral y garantizando en la casa la presencia física del pasado, es el punto de referencia de otro tiempo, a la vez fabuloso e histórico, que ya no se podrá encontrar verdaderamente más que en los libros.»¹⁸ De una manera más amplia, Fabre nota la importancia de una transmisión que hacen las mujeres y precisa: «las madres, abuelas y tías figuran entre las iniciadoras, no tanto porque favorecen directamente la lectura sino, más sutilmente, porque hacen deseable la apropiación de ésta». Es exactamente eso.

EL PAPEL DECISIVO DE LAS MUJERES EN LA TRANSMISIÓN DE LA LECTURA EN LA ÉPOCA CONTEMPORÁNEA

La mayoría de las veces, en las sociedades occidentales contemporáneas, es efectivamente una mujer la que parece poseer las llaves de ese arte percibido por los niños como mágico, secreto. A veces puede ser ejercido por una narradora, otras por una mujer leyendo en el círculo encantado de su soledad soñadora, como vimos antes. Por otra parte, en estas sociedades, el lector es a menudo una lectora, a tal punto que Christine Garbe, que nos hablará tal vez de eso, sugirió tomar a la lectora como paradigma.¹⁹ Todas las encuestas confirman que las mujeres mantienen una relación más estrecha con lo escrito, y en particular con la lectura de ficción, en todos los ámbitos sociales: en Francia, por ejemplo, las dos terceras partes de lectores que leen al menos un libro al mes son en realidad lectoras;²⁰ y son casi tres veces más numerosas cuando se trata de la lectura de novelas.²¹

18 Daniel Fabre, Lire au féminin, *Clio*, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, «Parler, chanter, lire, écrire », 11/2000, pp. 192-193.

19 Christine Garbe, Les femmes et la lecture, in *Identité, lecture, écriture*, op. cit., p. 187-212.

20 Hélène Michaudon, op. cit.

21 Olivier Donnat, *Les Pratiques culturelles de Français*, Enquête 1997, Paris, La Documentation française, 1998, p. 173.

En ciertos contextos esa proximidad de las mujeres y de los libros vuelve a éstos deseables tanto para las chicas como para los chicos. No es sorprendente: de la misma manera les intriga la ensoñación materna, los secretos de familia, los misterios de la vida y de la muerte, y los de la diferencia sexual o del amor. Tanto unos como otras piensan que las respuestas a esas preguntas se encuentran tal vez en los libros con los cuales su madre, o algunas veces su abuela, mantienen un extraño comercio. En cambio en otros contextos esta afinidad entre las mujeres y la lectura, y el hecho que la interioridad se asocie con las mujeres, llevan actualmente a muchos varones a rechazar los libros en la pubertad o su acercamiento a ellos, como rechazarían estar atados a las faldas de sus madres; así como Sebastien, de trece años, que le dice a la bibliotecaria que le pregunta si le gusta siempre leer tanto «¡Oh no! Ahora ya soy grande, ¡ya no leo!». Esto conduce también a lectores varones a esconderse para leer, con el fin de evitar las represalias de aquellos que los ven como traidores a su sexo y a su entorno social.

Así, vemos que leer supone probablemente hoy, para un chico, aceptar su parte femenina. Esto se hace sin demasiadas dificultades en ciertos medios, como el medio burgués «culto» donde la identidad masculina acepta integrar una parte de los valores asociados a las mujeres, e incluso sale reforzada con ello, o como en ciertas familias populares en que los padres son autodidactas; en otros, al contrario, se observa actualmente un regreso de muchos chicos a una «oralidad exclusiva o a una escritura violentamente exteriorizada y públicamente transgresora»,²² en forma de grafitis. En Francia, las diferencias entre los sexos tienden actualmente a ahondarse en el campo de la lectura; y el carácter mixto de la escuela, lejos de reducirlas, ha tenido tal vez por efecto reforzar algunas de ellas, al menos en la fase actual. Por otra parte las mujeres efectúan ahora lo esencial de los actos cotidianos de escritura en el espacio doméstico, y para los hombres de las clases popu-

22 Daniel Fabre, *op. cit.*, p. 197.

lares, las ocasiones de escribir pueden haberse vuelto extremadamente escasas, o incluso casi inexistentes.²³

Pero no se trata de una división tranquilamente asumida. En efecto, si rechazan los libros y en un sentido más amplio lo escrito, algunas veces con rabia, una parte de los chicos piensan, ellos también, que existe en los libros un secreto vital del cual están privados; y es un sufrimiento para ellos, aunque traten de disimularlo, tal como ese joven taxista que se acuerda: «En la escuela, les pegábamos a quienes les gustaba leer. Creo que en el fondo era envidia: nos preguntábamos que es lo que podía haber en los libros.»

No cabe sorprenderemos de que una proporción creciente de chicos rechace los libros. Numerosos factores –y en primer lugar la omnipresencia de lo visual en nuestras sociedades, la violencia cruda que destilan ciertos medios de comunicación, el crecimiento de una búsqueda obsesiva de visibilidad en el espacio mediático, mientras que se reducen la posibilidades de una inscripción política en el espacio público–, lo que hacen es fortalecer un cierto funcionamiento psíquico y social caracterizado por la exhibición narcisista: un tiempo instantáneo, inmediato, una actividad pulsional irreprimible, una voluntad de omnipotencia.

Sin embargo entre los jóvenes que mis colegas y yo conocimos durante nuestras entrevistas en los barrios marginados, hace algunos años, algunos habían pasado del gregarismo viril de la calle a la frecuentación de una biblioteca. Y en el fondo parecía que pocas cosas habían sido suficientes, en ciertos momentos, para que se encaminaran hacia un lado y no hacía el otro; que había bastado el encuentro, incluso ocasional, con un adulto referencial que les había transmitido un poco de sentido, brindado la idea de que existía otra cosa,

23 Bernard Lahire, *Masculin-féminin : l'écriture domestique*, in Daniel Fabre (ed.), *Par écrit : ethnologie des écritures quotidiennes*, París, Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme, 1997, pp. 145-164.

cambiado la representación ligada a los libros, a lo escrito; que había hecho deseable, posible, una apropiación.

UNA DIMENSIÓN DE APROPIACIÓN SALVAJE

La lectura es una apropiación singular, pues de otro modo los libros son letra muerta. Incluso en familias en donde se les proponen libros a los niños, éstos sienten la necesidad de reapropiárselos; por ejemplo haciendo ostentación de preferencias que irritan el gusto familiar, o leyendo debajo de las sábanas con la lámpara de mano, para preservar la parte clandestina, transgresora de la lectura. O hurtándolos: recordemos a Martín Garzo de niño, robando *El caballero de los brezos* u otras novelas para leerlas a escondidas, al joven Sartre queriendo tomar algo de su madre y retirándose lejos de las miradas familiares. Estos escritores apuntan hacia aspectos esenciales de la llegada a la lectura que se encuentran también en las experiencias de muchos lectores. Identifican esa dimensión de apropiación, de robo, de desviación, cuya importancia no se aprecia lo suficiente, probablemente porque siempre atemorizó, ya que ninguna autoridad puede controlar la forma en que un texto se leerá, entenderá, interpretará. Esta dimensión actúa entonces desde la infancia, desde esos momentos quizás, en los que el niño se adueña, como lo vimos, de una canción infantil o de un fragmento de una historia que su madre le propone, y lo considera como un bien suyo, como algo que él creó, mientras que fue ella quien se lo dio. Dicha dimensión continúa a lo largo de la vida, a pesar de las tentativas de la escuela por introducir a los alumnos en una lectura normada y por inducirlos a renunciar a una lectura que se tome demasiadas libertades con el texto.

En efecto, resulta fácil notar hasta qué punto la piratería y la desviación son intrínsecas a la lectura: nosotros lo sabemos bien, que por rigor profesional nos vemos obligados a retornar varias veces a nuestras fuentes para limitar los riesgos de los alejamientos del sentido, o las torsiones que espontáneamente estamos tentados a infligirles a los textos de los que nos nutrimos: pues se trata de una pulsión oral que actúa, con su componente ávido, violento.

Aunque hayamos aprendido a controlar nuestra lectura, a frenar nuestras pulsiones de arrancar o recortar las páginas, o de plagiar, leer implica siempre una forma de despedazar: los lectores atacan la integridad del texto, «cazan furtivamente» cierta frase, tal pasaje (para hablar como Michel de Certeau, que había tenido buen tino al escoger ese concepto de «caza furtiva», que remite a una práctica que no está desprovista de crueldades);²⁴ apartan cierto fragmento, lo llevan en sus pensamientos para entregarse a unas exégesis insólitas. Pero estas apropiaciones salvajes tienen una función vital: les permiten a los lectores convertirse en los narradores de su propia historia, y entre las líneas leídas, construir un sentido. Y eso, desde la primera infancia.

CONSTRUIRSE: ¿LO QUE ESTÁ EN JUEGO A TRAVÉS DE LA LECTURA HOY?

Desde muy jóvenes, los niños interrogan a los libros –si tienen la suerte de tener acceso a ellos–, buscando en ellos lo que está secretamente en contacto con sus propias preguntas, lo que podrá brindarles una versión personal de sus dramas íntimos. Con un sentido del hallazgo que desconcierta, encuentran en los libros materia para elaborar su «novela familiar», ese pequeño cuento que cada uno construye para superar la decepción provocada por los padres reales; para alimentar los expedientes, el pequeño teatro gracias al cual se consuelan de la dura realidad; para darle forma a las fantasías, los deseos, los miedos; para investigar los misterios de la vida, de la muerte, de la diferencia sexual.

Más allá de la infancia, cuando uno cuenta su trayectoria lectora, siempre evoca frases, historias «robadas» de los libros que usó, muchas veces de manera insólita, para edificar su «casa interior». Es ya la construcción de un espacio propio lo que está en juego en la lectura.

24 Michel de Certeau, Lire: un braconnage, in *L'Invention du quotidien, 1/ Arts de faire*, París, 10/18, 1980.

Así como Sartre con el armario, Martín Garzo con el pequeño cuarto bajo las escaleras, Rabela, una joven de origen argelino, me habla del ropero en donde se escondía de niña, con los libros prestados de la biblioteca, y Fabienne del árbol al que trepaba con sus historietas. Más allá, las metáforas espaciales abundan en los recuerdos de lectura: numerosos chicos y chicas asocian espontáneamente esta práctica con una cabaña en la jungla, una casucha en una isla, un escondite de papel, etcétera.

Es de la construcción de un espacio propio de lo que se trata, de un tiempo para sí, un tiempo de ensoñación, y de un esbozo de relato de la propia historia. Pues de la obra leída –cuento, novela, poesía, teatro, diario, historieta, ensayo, etcétera– regresa a veces un eco de lo que era indecible, aclarando una parte de sí hasta ese momento oscura, a la manera del *insight* psicoanalítico: –esas tomas de conciencia repentinas que se acompañan de una sensación de placer, de energía recuperada. Como para esta joven mujer, Pilar, quien dice: «Es, tal vez, porque el otro lo dice mejor que yo. Hay una especie de fuerza, de vitalidad que emana de mí porque lo que esa persona dice, por equis razones, yo lo siento intensamente». O para Nicole, al acordarse, con el rostro deslumbrante: «los libros generaban en mí deseos aterradores». O para el escritor Georges-Arthur Goldschmidt, quien evoca la lectura de unos extractos de las *Confesiones* de Rousseau descubiertos en un manual de literatura durante su adolescencia: «Fue como si me golpeara un rayo, como si alguien hubiera adivinado esas líneas a través de mí, como si ellas me reconocieran. De manera que había habido otra persona que, en lo más secreto de su ser, se había sentido de la misma forma y de quien, a través de su propio cuerpo, se podía adivinar cómo había sido él mismo en su interior. Me invadió un entusiasmo, un sentimiento triunfante nunca antes conocido de legitimidad. Otros, antes que yo, ¡y quiénes! habían sentido las mismas emociones... Ahora, todo a mi alrededor estaba en el orden natural[...]»²⁵

25 *La Traversée des fleuves*, París, Seuil, 1999, p. 204.

Por haber realizado entrevistas en todos los medios sociales, puedo asegurar que se trata ahí de una experiencia de la que mujeres y hombres de estirpe popular tienen tanto conocimiento como los escritores, si es que pudieron acceder a los libros, por supuesto, y deconstruir los obstáculos que los separaban de ellos. Y si estamos atentos a esos pensamientos, esas asociaciones que les llegan a los lectores, esas sensaciones experimentadas, esos lazos escondidos que anudan a espaldas de las instituciones, entendemos que la apropiación de textos escritos, o de fragmentos de textos, contribuye de manera relevante a la producción de sentido, a la simbolización de la experiencia, a la integración de la historia personal, a la recomposición de las pertenencias, incluso para hombres o mujeres que se adueñan de ello de manera ocasional.²⁶

En esa contribución se encuentra, me parece, lo decisivo de la lectura de libros hoy, en esta época donde a cada persona le incumbe, mucho más que en el pasado, construir su propia identidad y el sentido de la vida. Otros medios de comunicación pueden informarnos o distraernos, pero en el campo de la construcción de sí, o de la reconstrucción de sí, el libro conserva actualmente, en particular a los ojos de los jóvenes, ventajas específicas.

Hoy en día, cantidad de emisiones de radio o de telerealidad, de ficciones televisivas concebidas a medida, les proponen a los niños, a los adolescentes, a los adultos, comentarios de sus experiencias. Y es tal la sed de palabras de los seres humanos que éstos intentan acomodarse a un material a menudo pobre o mediocre para formular sus deseos, sus fantasmas o sus miedos. Pero las confesiones a toda velocidad y exhibicionistas de la telerealidad no nos devuelven el mismo eco que una obra sacada del trabajo lento, en recogimiento, de un escritor o un artista. En el primer caso, estamos más ante un modo de formatear la experiencia que ante el develamiento de una verdad singular. Puesto que decir, transmitir, lo que uno experimenta es una tarea mucho

26 Cf. *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, op. cit.

más compleja de lo que parece. No tenemos más que pensar en lo pasado que nos quedamos tras haber vivido algo que nos ha afectado, incapaces de comunicar cualquier cosa. Todas las sociedades han recurrido, para ello, a mediadores, «traductores» profesionales, narradores, poetas, dramaturgos, artistas, o –en modo distinto– psicoanalistas.

Los escritores son creadores de sentido que se toman el tiempo necesario para darle significación a una experiencia, a un acontecimiento individual o colectivo. Profesionales de la observación –de ellos mismos o del mundo–, en proximidad con un pensamiento soñador, trabajan el lenguaje, lo limpian de clichés (los buenos escritores, al menos). Y este trabajo, psíquico y literario, tendrá resonancias en los lectores. Más aún si les propone no un calco de su propia historia, sino una transposición.

Pues se comprueba con frecuencia que los textos que les «llegan» más a los lectores, que generan una actividad de pensamiento, de simbolización, no son aquellos que les devuelven un simple reflejo de su situación, sino aquellos que les dan una versión transpuesta y requieren un movimiento activo de apropiación.²⁷ Proceso complejo, más allá de la «identificación» a la cual se le reduce, donde los poderes de la metáfora actúan de un modo notable.

Lo que al principio de la vida el niño trata de captar al interrogar el rostro de su madre, lo que luego explora o teme en los libros, es en gran medida ese ser extraño, inquietante, fascinante, que está en el fondo de él, y del cual ignora muchas cosas, pero que a veces se descubre, se construye, por azar, en una página; ese lejano interior, ese lugar tan íntimo, el más escondido, que sin embargo es el que nos empuja hacia los otros. Allí se encuentra una gran parte del secreto que buscan los lectores, a veces con tanto frenesí; y que otros, en cambio, se esfuerzan por evitar. Pues el arte, la literatura, nos sumergen precisamente en el mundo oculto de la afectividad, fuente de nuestra fuerza de vida. Pero nos proveen de ecos difractados, trans-

27 Cf. Michèle Petit, *Eloge de la lecture*, París, Belin, 2002, pp. 59-69.

puestos, elaborados, que suscitan no solamente pensamientos sino también emociones, potencialidades de acción, una comunicación más libre entre cuerpo y espíritu. Y la energía liberada, recuperada, apropiada, da a veces la fuerza de salir de un contexto en el que un lector, una lectora, se sentía inmovilizado.

Cuando un lector, una lectora, se desplaza, en un campo u otro de su vida, no se puede contabilizar únicamente un valor añadido «útil» que la lectura le hubiera procurado en forma de saber, de información, o de un mejor manejo de la lengua. También deben considerarse estas reorganizaciones psíquicas; pues es la elaboración de una posición de sujeto lo que está en juego. De un sujeto que construye su historia apoyándose en fragmentos de relatos, en imágenes, frases escritas por otros, de las que saca fuerza, a veces, para seguir otro camino distinto del que todo parecía destinarle.

Estos son algunos aspectos de la experiencia de lectores y lectoras de hoy. Vimos que la lectura es un arte que se transmite más que enseñarse, y que en nuestras sociedades la transmisión en el seno familiar es la más frecuente y la ayudan a producirse, lo más a menudo, mujeres que hacen deseable la apropiación de los libros. Vimos también que desde los primeros momentos actúa la búsqueda de un secreto relativo a la vida más profunda: la de las emociones, de los amores, de los misterios de la vida, de la muerte, del cuerpo sexuado. Vimos finalmente que se produce una construcción o una reconstrucción de sí mismo, y que las obras literarias dan un apoyo fundamental para generar una actividad de simbolización, de construcción del sentido, de auto-reparación.

Notemos de paso que a lo largo de los últimos años, mientras tantos profesores o bibliotecarios perdían el sentido de lo que hacían, otros profesionales redescubrían la contribución irremplazable del arte, de la cultura, al pensamiento, a la vida simplemente: cada vez más psicoanalistas, psicoterapeutas recurren a mitos, cuentos, poesía, obras de teatro para ayudar a niños, adolescentes, a construirse o a reconstruirse, particularmente en contextos difíciles. Por lo tanto, pienso dedicarme en los próximos meses a identificar mejor la contribución de la lectura a esta restauración de sí. Pero esto no es solamente de la competencia de los psicólogos.

Efectivamente, un mediador cultural puede, en ciertas condiciones no intrusivas, proponer objetos capaces de abrir un espacio, un margen de maniobra, para aquellos y aquellas que, debido a su historia, no disponen de un espacio psíquico libre, de un área intermedia. Relatos, poemas, mitos transmitidos por un iniciador, dichos por su voz que protege, son algunas veces capaces de construir el equivalente de un vínculo tranquilizador cuando éste hizo falta: pues la seguridad psíquica y la narratividad se revelan en un vínculo recíproco.²⁸ Trabajo sutil, que exige a menudo una atención singular, como el realizado en contextos difíciles, incluso violentos, por bibliotecarios, trabajadores sociales, voluntarios, profesores, en particular en varios países de América Latina, pero también en el Medio Oriente.

Lo he dicho en otras ocasiones,²⁹ cuanto más difícil, violento, insensato, es el contexto, más vital resulta mantener espacios de respiro, de fantasía, de pensamiento, de humanidad. Espacios abiertos hacia otra cosa, relatos lejanos, rostros desconocidos, leyendas o sabidurías. Y un libro, una biblioteca, es eso, antes que nada. Son también espacios de resistencia, para no dejarles el monopolio del sentido, de las narraciones, a los poderes autoritarios, a los fanatismos religiosos o al «orden de hierro» televisivo, para hablar como Armando Petrucci.

Medimos el valor de la profesión de los mediadores: profesores o bibliotecarios. Pero vemos también qué su posición es muy sutil: ¿No es contradictorio proponer o incluso intentar imponer lo que espontáneamente se hurta? ¿No hay una intrusión al intervenir en esos re-

28 Véase por ej. Bernard Golse: « El yo verbal o narrativo se arraiga en parte en la seguridad de los procedimientos de apego pero también, recíprocamente, (...) la seguridad psíquica ulterior depende de la calidad de la narratividad y de la verbalización », (en Serge Lebovici, *Le bébé, le psychanalyste et la métaphore*, París, Odile Jacob, 2002, p. 45.)

29 Véase Michèle Petit (2002), «Pero ¿Y qué buscan nuestros niños en sus libros ? », en *Lectura sobre lecturas/2*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 9-42. (traducido del francés por Diana Luz Sánchez).

gistros sensibles, y aun candentes, que se refieren a lo más íntimo de cada uno, a su identidad, a sus sentimientos, a su cuerpo?

LOS PROFESORES, ENTRE EMOCIONES Y RAZÓN

Estas preguntas se le hacen con una agudeza particular a la escuela, que, en las sociedades donde la instrucción es obligatoria, es el único lugar al que van supuestamente todos los niños. En la escuela, en muchos países, se estudia la literatura como algo exterior a uno; que no se vive, ni se sufre, ni se siente. En el transcurso de los últimos veinticinco años, en mi país, se ha privilegiado en la enseñanza una concepción instrumental, formalista, enteramente enfocada al dominio del texto –inspirada en la lingüística estructural y en la semiótica, y también en una neo-retórica–, con la voluntad de ser más democrática, más científica. Más a la medida de las exigencias de una sociedad industrial. Más en condiciones, también, de dar cabida a evaluaciones. El «texto» literario se ha vuelto una máquina que funciona y los alumnos supuestamente adquirieron el saber-hacer técnico, las herramientas capaces de hacerlo funcionar; y luego se ha vuelto una «forma de discurso» entre otras. De ese modo, curiosamente, cuanto más la escuela se abría a categorías sociales inicialmente alejadas de la cultura letrada, más se imponían una jerga y técnicas de una extrema sofisticación.

Cierto racionalismo puro y duro veía entonces en la emoción al enemigo a vencer y ocasionó una desconfianza hacia toda lectura «identificadora», a la que se redujo de manera simplista al enfoque subjetivo. El temor de ser «poseído» por el libro no estaba lejos...

Estos últimos años, en mi país, mucha gente se interrogó acerca de la deriva tan formalista que prevaleció durante cierto tiempo, y la escuela intentó, mediante diferentes ángulos, encauzar de nuevo hacia la lectura. Por ejemplo, en la escuela secundaria –que uno cursa normalmente entre los once y quince años–, se trató de integrar la lectura personal en la actividad escolar, en particular al incorporar ahí la literatura para jóvenes. Pero profesores, especialistas en didáctica, se

preocupan por los efectos de la intrusión escolar en el dominio privado y evocan la voluntad de recuperación de la institución y sus temores con respecto a lo que ésta no domina.

Y de hecho uno oye, con otros pedagogos o especialistas en didáctica, que habría una trayectoria obligatoria que sería la que permitiría pasar de una lectura privada a una lectura crítica. Se entrevé una voluntad de omnipotencia, reverso de un sentimiento de impotencia, un irritamiento frente a esta lectura privada. El temor de esta lectura incontrolable, que no guarda su distancia, se traduce frecuentemente en otra preocupación: se escucha que «un libro no vale más que por las sociabilidades que instituye» —mientras que estos pedagogos notan que los adolescentes generalmente no quieren hablar de sus lecturas. La «buena» lectura es entonces la lectura acompañada, comentada, compartida.

Varios de esos discursos suenan familiares al recordar a los de otras épocas sobre la necesidad de controlar, dirigir la lectura femenina, que nunca gozó de una plena legitimidad. Y nace la sospecha de que el miedo a la lectura privada, como a la lectura popular, sea tal vez un miedo a la lectura femenina, un llamado para disciplinar lo que pasa en esos roperos, esas cabañas, esos árboles, esos rincones donde las chicas, pero también los chicos, sueñan dentro de los libros. Y donde se deshacen de su pesada armadura, como la joven descubierta por Martín Garzo en *El Capitán Tormenta*.

Manguel nota con fineza en su *Historia de la lectura*: «La inquietud común respecto a lo que podría hacer un lector entre las páginas de un libro se parece al temor eterno que sienten los hombres ante la idea de lo que las mujeres podrían hacer en los lugares secretos de su cuerpo, de lo que podrían realizar en la oscuridad brujas y alquimistas detrás de sus puertas cerradas con triple llave.»³⁰ Tranquilicémonos: no es sino en la fantasía de los demás que estos lectores se dedican a secretos de alquimistas o a placeres culpables. Quizás se acer-

30 Alberto Manguel, *Une Histoire de la lecture*, París, Actes Sud, 1998, p. 37

quen leyendo, algunas veces, a una inquietante extrañeza: pero sólo concierne a la parte de sí mismo más secreta, más singular y mejor compartida, la de nuestros deseos, que, mediante el trabajo de la escritura, es transfigurada, contenida, mantenida a distancia.

Existe probablemente una contradicción irremediable, o una muy difícil conjunción, entre la dimensión clandestina, rebelde, eminentemente íntima de esa lectura personal, con su fuerte componente de apropiación, y los ejercicios que se hacen en clase, en ese espacio transparente, bajo la mirada de los otros. Entre la ensoñación de un niño construyendo un sentido y la sumisión a la letra, la imposición de una cierta lectura; entre el placer inmediato y el encuentro con textos difíciles, exigentes, y para el profesor, a veces, entre el corazón y la razón.

Patrick Chamoiseau da un ejemplo de ello en *Camino de la escuela*, en el cual evoca a un maestro austero, tironeado entre sus emociones y las exigencias de la razón que le inculcaron cuando, en el momento de su formación, se le rogó dejar su corazón y su lengua materna —el criollo— en el vestidor. Pero algunas veces ese hombre rígido, que reprende a los niños por cada giro idiomático, olvida un poco su actitud de dominio: «El maestro leía para nosotros, pero pronto se dejaba llevar, olvidaba el mundo y vivía su texto con una mezcla de abandono y vigilancia. Abandono porque se entregaba al autor; vigilancia porque en su interior seguía viviendo un viejo controlador al acecho, buscando la ocasión para la eufonía desolada, la idea ablandada por una debilidad del verbo (...) El negrito seguía con la boca abierta, no el texto sino los banquetes de placer que el maestro se daba con las palabras.»³¹

Y es ahí al abandonarse a su placer, ahí donde su propio cuerpo es tocado por las palabras leídas, cuando el maestro transmite el gusto por la lectura.

31 Patrick Chamoiseau, *Chemin d'école*, París, Folio, p. 161. Citado en *Nuevos acercamientos*..., p. 167.

Todos los días, niños y niñas se convierten en lectores porque un docente, a pesar de la rigidez de ciertos programas, o gracias a la sutileza de otros, hace deseable la apropiación de textos estudiados, e inclusive de obras difíciles, exigentes. Hoy, como en otras épocas, para numerosos alumnos la escuela tiene todos los defectos, pero tal docente singular está dotado con la habilidad de introducirlos a una relación con los libros que no sea la del deber cultural, la de la obligación austera. De suscitar en ellos el encantamiento, pero también el deseo de pensar, cuando él o ella elabora delante de ellos un pensamiento vivo, en movimiento, en vez de aplicar un esquema.

Pero hay una ingratitud co-sustancial a la lectura, así como nos acordamos muy raramente de haber aprendido a leer, olvidamos una parte de lo que debemos a nuestros maestros: siempre siguiendo los pasos del pequeño niño que se apodera de la canción infantil o de la historia que se le propone, que la siente como su propio bien, como algo que «creó», «inventó», mientras que le fue dado. Al hacer entrevistas, me sorprendió a menudo el hecho de que los mismos que hablan horrores de la escuela citan espontáneamente, entre los libros que fueron importantes para ellos, algunas obras que encontraron probablemente en la institución escolar y de las que pudieron apartar fragmentos para su uso privado.

Graciela Montes escribe: «La cultura heredada sólo es útil en tanto puede convertirse en cultura propia, es decir, en tanto puede ingresar a la propia frontera indómita. Y, para eso, tiene que convertirse en experiencia.»³² Y también: «Enseñar literatura no puede significar otra cosa que educar en la literatura, que ayudar a que la literatura ingrese en la experiencia de los alumnos, en su hacer, lo que supone, por supuesto, reingresarla en el propio.»³³ Fragmentos de la cultura oficial, heredada, habían podido ayudar a los lectores que evocué

³² *La frontera indómita*, op. cit., p. 54.

³³ *Op. cit.*, p. 55.

hace un mometo a formalizar su propia vivencia, a construir su «casa interior», habían entrado en su experiencia personal.

«UNA BIBLIOTECA NO ES SOLAMENTE UN HANGAR DE LIBROS»

La biblioteca es un espacio radicalmente diferente al de la escuela, percibido por aquellos que la utilizan, desde su edad más temprana, como una tierra de lo posible, un espacio de libertad. Es el lugar por excelencia de estos usos discretos, de estas apropiaciones singulares, que evoqué: y fue al hacer entrevistas con usuarios de bibliotecas cómo me di cuenta de su importancia, cualquiera que sea el medio social. La biblioteca puede ser el espacio privilegiado de una relación con el libro que no se fundamente en las perspectivas utilitaristas de la instrucción, que permita en particular esos tiempos de fantasía de los cuales no debemos rendir cuenta a nadie, en los cuales se forja el sujeto y que, tanto como los aprendizajes, ayudan a crecer y, sencillamente, a vivir.

Como lo dijo Khaled, un adolescente: «La escuela es todo lo que atañe al rigor, nos aporta cosas escolares, la metodología. Mientras que en la biblioteca, somos libres para ver las cosas como lo deseamos. No tenemos a nadie atrás de nosotros para jodernos, leemos lo que queremos.» O Miguel: «Cuando uno es pequeño, tiene la impresión de que se lo imponen todo. Mientras que de lo que uno aprende en la biblioteca, uno puede decir: soy yo quien lo aprendí y nadie podrá decirme: “¡Apréndetelo!”» O este otro adolescente: «Aquí no hay instrucciones. No nos presionan. Aquí tu eres libre. Tomas lo que quieres. Todo depende de ti.» O Daoud: «En una biblioteca pasa una cosa genial, no hay escuela, no hay academia, no hay de que este autor es más grande que el otro. Hay sólo apellidos.»

La profesión de bibliotecario se concibió inclusive diferenciándose de la de profesor, y la idea de controlar a los usuarios, de imponerles lo que sea, repugna a la mayoría de estos profesionales. Una vez iniciado en el funcionamiento de los espacios, se supone que el usuario sabe lo que es bueno para él. Pero se le presupone una autonomía al mismo tiempo que se espera que la biblioteca lo ayude a

construirla. Y éste o ésta al que la autonomía le hace falta, o asusta, porque su historia familiar no le ha permitido establecer bien esta área transicional de la que hablaba hace rato, o porque sus referencias culturales están a años luz de las de la biblioteca, éste mismo está perdido, excluido. Deserta los lugares, o se muestra agresivo, o se encasilla en lo que le es familiar. Ciertos adolescentes releen así sin cesar los tres mismos libros, y su trayectoria gira, hasta el día en que dejan de leer. O tienen en una ocasión una experiencia iluminadora, y después aparentemente no encuentran nada.

Otros en cambio dan un salto, como Daoud, que de lector de Stephen King se convirtió, al cabo de los años, en un fanático... de Faulkner o de Kafka: «sufrí los miedos de Stephen King, pero son obras que dejé después, las encontraba demasiado débiles.» Cuando da semejante paso un adolescente que proviene de un medio donde leer no es cosa fácil, es casi siempre porque algún mediador contribuyó a su evolución: de hecho, profesores y bibliotecarios ayudaron mucho a este joven. El eclecticismo que caracteriza a la adolescencia es una fortuna y les da a los profesionales un margen de libertad, de creatividad que puede también explayarse para imaginar pasarelas entre el audiovisual, tan presente en sus vida, y el escrito.

Esto supone un acompañamiento sutil y discreto, pues esta edad es muy sensible a la intrusión. Pero este acompañamiento es decisivo en varias etapas de la trayectoria de un lector; al principio, para deconstruir miedos y prohibiciones, para legitimar un deseo de leer, o para revelarlo, luego para abrirse a lo nuevo, ayudar en los pasajes difíciles, de una sección de la biblioteca a otra, y del mundo de los libros de la infancia a universos ampliados, y no solamente a las colecciones hechas a la medida de los adolescentes. Como lo dice ahí también Graciela Montes, «¿Cómo podría transitar un individuo de trece años (...) el camino de la literatura amparada de su primera cultura a la literatura general del mundo si los mediadores no pueden darle algún señal, anticiparle algo del viaje?»³⁴

Más ampliamente, es indispensable insistir sobre la importancia de estos lazos con un mediador –que muy a menudo es una mediadora–, sobre el impacto de esos momentos de encuentro, de esa posibilidad de ser escuchado, a veces a media voz. Del mismo modo

que los profesores, los bibliotecarios subestiman el hecho de que contribuyen e influyen, a veces de manera decisiva, en el destino de aquellas y aquellos a los que acogen, en particular por intercambios personalizados. A través de éstos, sin embargo, algunos acceden a un sentimiento de pertenencia, a un reconocimiento vital, como esta joven mujer que dice: «Saber que alguien está ahí, que te escucha... El hecho de tener un cierto lugar en la biblioteca. Que te dicen buenos días, te llaman por tu nombre, “Cómo estás?”, “Estoy bien”. Con eso basta... Uno se siente reconocido. Que tiene un lugar. Que está en su casa».

A quienes no pudieron encontrar libros en su casa, ver a sus padres dedicados a la lectura, o escucharlos contar historias, tal encuentro puede también darles la idea de que una relación con los libros es posible. Alguien que ama a los libros, en cierto momento ofrece la oportunidad de tenerlos entre sus manos, de asirlos físicamente. Ese iniciador destruye lo que parecía un monumento lejano, pomposo, vuelve posible un diálogo con un hombre o una mujer que escribieron hace algunos siglos, o antaño. En este caso es también el interés profundo por los libros lo que hace que el niño, el adolescente –y de igual forma el adulto– entienda, en una relación parecida a la transferencia psicoanalítica, puesto que no hay transmisión sin un encuentro emocional, lo que no significa que el mediador deba dar muestra de familiaridad.

Lejos de considerarlos simples técnicos de la información, muchos usuarios temen que los bibliotecarios vean su trabajo convertirse en el de «cajeras de supermercados» y lamentan que no haya más intercambios, como sostiene Hadrien al decir: «Son personas que realmente tienen un potencial, que pueden ayudar, que conocen muchísimas cosas, que han leído muchísimo. Y uno los utiliza como si fueran sustitutos de una computadora. Son gente que verifica códigos de barra; ha de ser muy fastidioso para ellos. Y eso no me parece nada bien (...)»

34 *Op. cit.*, p. 113.

Son gente que tiene posibilidades que se desaprovechan por completo. Es una lástima.» O Malik: «Para mí, lo que más hace falta es el consejo (...) Para mí una biblioteca no es solamente un hangar de libros, es mucho más.»

Ahora bien, actualmente en mi país, varios elementos fueron en contra de esos momentos de intercambio, de esas relaciones personalizadas cuyo papel es esencial, más aún con aquellos y aquellas que provienen de medios poco familiarizados con los libros: la obsesión de la evaluación, fundada en los únicos elementos cuantificables, visibles, controlables; la afición a veces exclusiva por las nuevas tecnologías, que fortalece la representación de la biblioteca como un simple banco de informaciones o de los bibliotecarios como técnicos; y a veces, paradójicamente, la insistencia sobre el papel «social» que tienen las bibliotecas, cuando éste se confunde con las actividades colectivas.

Dentro y fuera de los muros de la biblioteca, existe entonces una urgencia por multiplicar las oportunidades de mediación, rehabilitar la función de dar consejo, con el objeto de que los profesionales (y voluntarios capacitados, ahí en donde el servicio público cuenta con ellos) puedan ayudar a los adolescentes (iy a otros públicos!) a cruzar umbrales, a hacer descubrimientos imprevistos, a apropiarse de metáforas para construir sentido y representar un mundo interior a veces caótico, y hacerlo más tolerable.

Si hay mediadores que saben bregar para que los libros produzcan menos miedo, si saben lanzar un puente que vincule una biblioteca con un barrio o con un pueblo, los niños, los adolescentes, los adultos querrán agarrarse a algo. A palabras que uno les diga, a trozos de saber, a una historia que se les lea, o que van a descubrir por sí mismos, si no les cuesta demasiado trabajo descifrarlo. Y esto abrirá un espacio donde las relaciones serán menos brutales, como mitigadas, mediadas por la presencia de estos objetos culturales. En contextos violentos, una parte de ellos ya no será rehén, una parte de ellos escapará a la ley del lugar, a los conflictos cotidianos. El libro mismo es un mediador, un tercero que se interpone entre nosotros, y abre la posibilidad de compartir, de conversar, de pertenecer a un grupo, a una sociedad, a un mundo, de otro modo que por medio de afectos grupales.

ABRIR UN ESPACIO QUE NUNCA SERÁ COLMADO

Existen otros intercesores de quienes sería necesario hablar. Y para empezar, de esos profesionales tan a menudo olvidados, los libreros. Sin duda alguna, no todo mundo goza de la oportunidad de tener librerías cerca de su casa, de atreverse a entrar, de disponer de recursos financieros para proveerse ahí. Pero cuando esta suerte se da, desde la edad más temprana, existirá mejor oportunidad para apropiarse de los libros, en el sentido amplio de la palabra, mayor libertad que la de arrastrarse a gatas entre los estantes, de descubrir solito algo que ni los padres, ni los profesores, le han sugerido.

Haría falta también mencionar a los trabajadores sociales, que hasta una fecha reciente eran, en mi país, a menudo reacios a los libros e intimidados, y que actualmente han tomado conciencia y le apuestan al acceso a los bienes culturales para las personas con dificultades. Evoco una vez más a los psicoterapeutas de los que hablaba hace un momento. Pero el mediador, como lo dijo un día Geneviève Patte, también puede ser el peluquero! O cualquiera de nosotros que, a veces sin saberlo, abrimos en otra persona un espacio de interrogación, de curiosidad, de ensoñación, que nunca será colmado. Como esta joven, en un libro de Thierry Laget, que le elogia las poesías de Baudelaire a un chico; y él, enamorado, se precipita para comprar el libro y trata de penetrar el misterio del ser amado en sus páginas. Pero el misterio se volverá aun más grande: «Estaba desconcertado: la carne estaba ahí, y el verbo, los perfumes, la cabellera, esa feminidad que me turbaba y de la que buscaba la llave libresca. Pero todo estaba ahí representado en una escala desmesurada, inquietante, vertiginosa, y no podía hacer coincidir los versos del poeta con las sonrisas tímidas, los rizos, el perfume indeciso de Catherine.»³⁵

Me hace falta decir una palabra más sobre las relaciones que esos diferentes mediadores tienen unos con otros, y por supuesto que aque-

35 Thierry Laget, *A des dieux inconnus*, París, Gallimard, 2003.

llas varían considerablemente según los contextos culturales y sociales. En mi país existió durante mucho tiempo la marca, y no ha desaparecido, de una rivalidad, de una oposición entre la familia y la escuela, como si ésta debiera arrancarle al niño la «sombra» de su origen.

De manera parecida, la mayoría de las veces –al menos en Francia– los profesores ignoran a los bibliotecarios, mientras que éstos desconocen lo que realizan los profesores, y, a menudo se mofan de ellos imputándoles el poco gusto que los adolescentes tienen por la lectura. Pero cuando existen, en cambio, son preciados los lazos, las cooperaciones, las circulaciones de experiencias entre familias, escuelas, bibliotecas, asociaciones.

Lo anterior con la condición de no mezclarlo todo, de velar por mantener espacios distintos, lugares, papeles, usos diferenciados. Es una suerte que existan espacios diferenciados, cada uno con su propia vocación. Por otro lado, muchos niños se inclinan por que la escuela sea un espacio distinto al de la familia, de la casa, un espacio donde tienen una vida que sus padres ignoran, que se les escapa; y a muchos no les gusta contarles a sus padres lo que ocurre en la escuela: eso forma parte de su vida privada. De la misma manera, no esperan lo mismo de la biblioteca que de la escuela. Y tienen razón.

Y no hay que olvidar esto, que complica un poco las cosas: aunque reproducimos gestos que vimos hacer a nuestros padres, a menudo leemos en contra de nuestra familia, de la sociedad, del mundo entero, en particular durante la adolescencia. ¡Si todo el mundo se pone de acuerdo para que lean, corremos el riesgo de que los niños, y más aún los adolescentes, levanten el vuelo hacia otros placeres! Aquí pienso en una niña, Emilie, que me contaba: «Tenemos como deportes obligatorios la gimnasia, la piscina, y la biblioteca». Cuando la lectura se percibe como un gesto de conformidad, de sumisión, del que hay que dar siempre cuenta, no volver a abrir un libro, o al menos no volver a leer las lecturas prescritas por la familia o la escuela, puede parecer como una toma de autonomía: si muchos jóvenes se resisten a los libros, quizás sea también debido a los esfuerzos por hacerles «tragar» esos libros.

Evoqué a estos niños que se acercaron a la lectura porque estaban fascinados por el misterio de su madre leyendo una novela o conser-

vando con esmero libros que no leía, o de su abuela arrojando su leña para conversar con Dios en una colina; me faltó tiempo para evocar a este chico que creía que su padre hablaba con los libros cuando lo escuchaba caminar en la biblioteca, y tantos otros. Más allá, en la adolescencia o en la edad adulta, no es difícil observar que la búsqueda ávida de un secreto que les concierne profundamente atormenta a numerosos lectores, en caza perpetua, como el escritor Pierre Bergounioux que dice: «Esperé mucho tiempo que el libro que lo explicara todo existiera».³⁶ O como este hombre que cuenta: «Compro libros sin tener siempre el tiempo de leerlos, para no arriesgarme a dejar pasar el que, finalmente, sabría todo de mí. Si lo dejara pasar ise da cuenta!»

Cuando consulto ávidamente cerros de libros para escribir algunas frases, algunas páginas para ustedes, ¿no estoy también creyendo que el libro que explicaría todo está tal vez ahí, entre aquellos que tomo en mis manos con gusto e inquietud? Pero esta creencia no es tan loca, después de todo: una inmensa parte de lo que los humanos han podido descubrir está ahí, escondida en alguna parte, en los libros, y sólo espera ser animada, revivida. Revivida ya que esas palabras se vuelven carne, gestos, movimientos, y aquí está mi cuerpo animado por lo que encuentro, mis manos que sienten necesidad de copiar un fragmento para apropiármelo mejor, que cortan una cita para pegarla cerca de otra, mis dedos que corren por el teclado, y al final del camino aquí estoy delante de ustedes leyendo en voz alta, gesticulando más de lo necesario, para intentar pensar con ustedes en las intrigas de nuestra condición compartida, de nuestras pasiones, de nuestros temores, de nuestros sueños, y en el extraño objeto que nos reúne.

Muchas gracias.

(Traducido del francés por Raúl Fernández Acosta)

36 Pierre Bergounioux, *La Mort de Brune*, París, Gallimard, 1996, p. 117.